



EL PODER DE UN TESTIMONIO

2 DE AGOSTO 2026





DOMINGO DE CADETES LOCALES

OBJETIVO:

El objetivo de este Domingo de Cadetes Locales es mostrar a los adolescentes el poder de un testimonio cuando se comparte con otros, recordando a los jóvenes que todos los que tiene una relación con Jesús tienen un testimonio poderoso para compartir. Cuando compartimos la historia de Dios de sanar, esperanza y redención con los demás, sus vidas se pueden ser transformados también.

REUNIÓN DE SANTIDAD SUGERIDA:

Bienvenida

Líder de Cadetes Locales

Llamamiento a la Adoración – Testimonios en Cartón

Brigada de Cadetes Locales

Alabanza y Adoración

“Grande Eres Dios”

“Agnus Dei”

“Ven Ante Su Trono”

Diezmos y Ofrendas

Cadete Local

Dramatización – Marcos 5:24-34; Marcos 6:53-56

Cadete(s) Local(es)

Lección Práctica

Cadete Local

Sermón – El Poder de un Testimonio

Cadete Local o Líder de Cadetes Locales

Canción de Reflexión

“Sublime Gracia (De Las Cadenas Libre Soy)”

Canción Final

“Sé Tú Mi Visión”

Bendición – Mateo 28:19-20

Cadete Local



LLAMAMIENTO A LA ADORACIÓN – TESTIMONIOS EN CARTÓN:

Cada persona tendrá un trozo de cartón. Cada lado del cartón tendrá una palabra o frase corta escrita para expresar cómo ha sido transformada por el poder de la presencia de Dios en su vida. Por ejemplo: Perdida/Encontrada; Rota/Sanada; Inadvertida/Vista.

CANCIONES:

“Grande Eres Dios” por All Son’s and Daughters - youtu.be/R7JQDatcOTk

“Agnus Dei” por Michael W. Smith - youtu.be/UbJCH2FNc4A

“Ven Ante Su Trono” por Elevation Worship - youtu.be/n0MwMthUjCI

“Sublime Gracia (De Las Cadenas Libre Soy)” por Chris Tomlin - youtu.be/fo3UmfJngpg

“Sé Tú Mi Visión” (himno) - youtu.be/KGM85MbxIWQ

LECCIÓN PRÁCTICA:

Esta es una lección práctica sobre cómo compartir el evangelio con nuestro propio poder en lugar de con el poder del Espíritu Santo. Para esta lección práctica, necesitarás: jabón para platos, leche, hisopo de algodón, colorante de alimentos, un plato hondo pequeño y un plato. Para ver esta lección, dirijase a <https://youtu.be/vPJhJQQn-hY>



SERMÓN: EL PODER DE UN TESTIMONIO

MARCOS 5:24-34; MARCOS 6:53-56

INTRODUCCIÓN

Vivimos en una era de información y tecnología ilimitadas. Casi todos los que estamos en este lugar tenemos un teléfono inteligente. Si pensamos en lo que pasó hace unos años, nunca habríamos imaginado hasta qué punto avanzaría la tecnología. Tomemos como ejemplo el iPhone 12. Hoy en día prácticamente se considera obsoleto, pero si lo comparamos con el superordenador más potente de 1985, el Cray-2, las diferencias son asombrosas. El iPhone 12 puede realizar 11 billones de operaciones de coma flotante por segundo. En cambio, el Cray-2 solo podía manejar 1,900 millones de operaciones por segundo. No solo eso, el iPhone funciona con 5 vatios de potencia, mientras que el Cray-2 utilizaba 150 kilovatios. El iPhone cabe perfectamente en el bolsillo, mientras que el Cray-2 requería un cuarto entero. Y el precio de un nuevo iPhone ronda los 1,000 dólares, pero el Cray-2 costó la asombrosa cantidad de 17 millones de dólares.

En un sentido muy real, llevamos en nuestros bolsillos el ordenador más potente jamás creado. Sin embargo, ¿para qué lo utilizamos? Para navegar por las redes sociales, ver memes, mirar videos en TikTok y ver lo que hacen los demás. Es increíble que tengamos acceso a tanto poder, pero a menudo lo usamos para disfrutar de distracciones. Y ahora vivimos en un mundo en el que 12 millones de personas solo en los EE.UU. son influencers a tiempo completo. Esto ni siquiera toma en cuenta a los creadores a tiempo parcial o a aquellos que sueñan con triunfar. Tenemos una nueva economía construida en torno a la comparación social, una nueva cultura en la que las personas constantemente comparan su vida con la de los demás.

Este aumento de las redes sociales y la cultura de la comparación ha dado lugar a una tendencia inquietante: hemos empezado a definir nuestro valor en función de lo que tienen o hacen los demás. Comparamos nuestro hogar, nuestras vacaciones, nuestra carrera, nuestra familia... y, a menudo, sentimos que no estamos a la altura. Pero esta cultura de la comparación no es nada nuevo, la vemos también en la Biblia; incluso en el pasaje de hoy. A menudo nos centramos en los grandes milagros, como la alimentación de los 5,000 o Pedro caminando sobre el agua; pero hay una historia poderosa y menos conocida escondida en los versículos finales de este capítulo, que nos desafía a repensar nuestra forma de abordar la comparación.

PUNTO 1 – LA COMPARACIÓN ES LA LADRONA DEL GOZO

Cada vez que leo la Biblia me sorprende lo mucho que Dios puede hacer a través de personas comunes. Leemos historias de milagros, actos profundos de fe y encuentros sobrenaturales. Pedro, por ejemplo, tuvo una fe tan audaz en Jesús al salir de la barca durante una violenta tormenta, confiando en que Jesús lo mantendría a flote. Es uno de los



momentos más dramáticos de los Evangelios; sin embargo, ¿cuántos de nosotros cuando leemos esto, sentimos que nunca podríamos hacer algo tan asombroso como caminar sobre el agua? ¿Con qué frecuencia nos comparamos con las grandes figuras bíblicas como Pedro o Moisés y sentimos que nos quedamos cortos?

Pero este es el punto: Jesús no nos llamó a ser Pedro; nos llamó a ser nosotros mismos, creados de manera única por Dios con nuestras propias fortalezas, debilidades y propósito. Si nos comparamos con los demás, nos perdemos el llamado único que Dios tiene para nuestra vida. Así como el paso de fe de Pedro fue suyo, nuestro viaje con Dios es único para nosotros. Es por eso por lo que debemos dejar de compararnos con los demás.

Vivimos en un mundo en el que la comparación se ha vuelto tan arraigada que ni siquiera la notamos. Entramos en las redes sociales y la vida de todos parece perfecta. Ves a personas publicando sobre sus vacaciones de ensueño, su hermosa casa, su familia perfecta. Y si bien no hay nada de malo en celebrar esas cosas, es fácil olvidar que detrás de esas publicaciones hay personas reales con luchas reales. Comenzamos a pensar: «¿Por qué no puedo tener lo que ellos tienen? ¿Por qué mi vida no se parece a la de ellos?».

Pero la comparación es la ladrona del gozo. Nos roba nuestra paz, nuestro contentamiento y nuestra capacidad de apreciar el papel único que Dios nos ha dado en el cuerpo de Cristo. El apóstol Pablo nos recuerda en 1 Corintios 12:14-18 que el cuerpo de Cristo está compuesto de muchas partes, cada una con una función distinta. Escribe: «Ahora bien, el cuerpo no consta de un solo miembro, sino de muchos. [...] En realidad, Dios colocó cada miembro del cuerpo como mejor le pareció».

Cuando nos comparamos con otros en el cuerpo de Cristo, corremos el riesgo de disminuir el valor de nuestro propio llamado. Podemos pensar: «No tengo tantos dones como esta persona» o «Nunca podría hacer lo que ellos hacen»; pero eso es no entender la manera en que Dios ha diseñado su Iglesia. Cada miembro tiene un papel único y esencial que desempeñar. Ya sea que esté llamado a enseñar, servir, animar u orar, su papel es tan importante como el de cualquier otra persona. La comparación nos roba el gozo al hacernos olvidar que Dios nos ha colocado exactamente dónde estamos, con los dones y el llamado que necesitamos para cumplir su propósito. Todos estamos destinados a trabajar juntos, cada parte del cuerpo funcionando en armonía para que todo el cuerpo pueda crecer y prosperar.

En Efesios 2:10, Pablo nos recuerda: «Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica». Cada uno de nosotros es una obra maestra, maravillosamente creada, con un propósito y un llamado únicos. En lugar de mirar a los demás, debemos mirar a Dios y confiar en que Él nos ha equipado con todo lo que necesitamos para cumplir su propósito para nuestra vida. Y cuando hacemos eso, podemos encontrar el verdadero gozo en quienes somos en Cristo.



PUNTO 2 – ¿CÓMO LO SUPIERON?

En la historia de hoy, encontramos un relato poderoso de una mujer que había estado sufriendo durante 12 años con un problema de sangrado. No era solo una enfermedad física, era una crisis social y espiritual. En su cultura, debido a su sangrado, ella habría sido considerada impura, lo que significa que fue excluida de su comunidad. No podía ir al templo, no podía participar en eventos familiares y estaba aislada de las personas que la rodeaban. Imagina el dolor, no solo el sufrimiento físico, sino el daño emocional de ser rechazada y excluida durante años.

Sin embargo, durante su dolor y aislamiento, esta mujer mantuvo la esperanza. Con demasiada frecuencia, cuando pasamos por momentos difíciles y no vemos resultados inmediatos, perdemos la esperanza. Comenzamos a dudar de que Dios intervendrá. Tomamos el asunto en nuestras propias manos, o peor aún, nos damos por vencidos. Pero esta mujer no se dio por vencida, siguió adelante, y su fe en Jesús fue su esperanza.

Cuando escuchó que Jesús estaba cerca, no dudó. No permitió que el miedo a romper las normas sociales o el riesgo de ser avergonzada públicamente la detuvieran. Tenía fe en que, si tan solo pudiera tocar el borde de su manto, sería sanada. No buscaba fama ni atención; simplemente creía que Jesús tenía el poder de sanarla.

Cuando Jesús se volvió y preguntó: «¿Quién ha tocado mi manto?», no fue porque no lo supiera. Jesús sabía exactamente quién lo había tocado. Pero quería que ella reconociera públicamente su fe. Quería que supiera que su sanación no era solo física, sino también espiritual. Y cuando la llamó «hija», no solo estaba sanando su cuerpo, sino que la estaba restaurando a su lugar legítimo en la comunidad. Jesús la recibió de nuevo en la familia de Dios.

Ahora bien, lo verdaderamente notable es lo que sucedió después. Esta mujer no volvió a su antigua vida, ni volvió silenciosamente a las sombras; se convirtió en una testigo poderosa del poder transformador de Jesús. Cuando Jesús y sus discípulos llegaron a Genesaret, la gente lo reconoció al instante, no por su predicación ni por sus milagros, sino por el testimonio de la mujer. Su historia de sanación se había difundido y, cuando vieron a Jesús, creyeron.

Su testimonio fue una chispa que encendió la fe en otros. Llevaban a los enfermos a Jesús, rogando tocar el borde de su manto, y fueron sanados. Su fe no solo cambió su vida, sino que impactó a toda una comunidad. El poder del testimonio de una persona puede cambiar la vida de muchas personas.

PUNTO 3 – EL PODER DE TU TESTIMONIO

Esto nos lleva al tercer punto: El poder de tu testimonio. La historia de esta mujer no es solo una historia de sanidad física; es una historia de fe, de restauración y del efecto dominó que el testimonio de una persona puede tener en toda una comunidad. Su valiente paso de fe, su disposición a compartir su historia tuvo un impacto eterno.



Todos tenemos un testimonio; no tiene que ser una sanidad milagrosa o un encuentro dramático con Jesús. Tu historia puede no ser como la de Pedro caminando sobre el agua o la de la mujer tocando el manto de Jesús, pero aun así es poderosa. Cada testimonio importa. Cada historia de la fidelidad de Dios, su gracia y su amor vale la pena compartirla. Cuando compartimos nuestra historia, les damos a otros la oportunidad de experimentar el mismo amor y gracia que hemos recibido.

En este mundo lleno de confusión y voces contradictorias sobre quién es Jesús, tu testimonio es una de las herramientas más poderosas que debes usar para señalarle la verdad a la gente. Vivimos en un mundo donde la verdad es a menudo relativa, donde la gente cuestiona quién es realmente Jesús. Algunos dicen que Él era solo un buen maestro, otros niegan por completo su divinidad; pero tu testimonio puede mostrarle a la gente quién es realmente Jesús: el Salvador, el Hijo de Dios, Aquel que sana, restaura y transforma vidas.

Juan 14:6 dice: «—Yo soy el camino, la verdad y la vida —contestó Jesús—. Nadie llega al Padre sino por mí». Jesús es el único camino a la salvación. Él es la verdad y la vida. Cuando compartimos nuestro testimonio, declaramos al mundo que Jesús es quien dice ser. Y cuando las personas escuchan nuestras historias, su propia fe se enciende.

Para concluir, compartir nuestro testimonio no se trata solo de contar nuestras luchas o victorias; se trata de señalar a los demás la fuente de nuestra esperanza: Jesucristo. Todos tenemos un papel que desempeñar en la difusión del evangelio; no importa si nuestra historia sea dramática o sencilla, es poderosa. No importa si has sido sanado de una enfermedad física o si Dios simplemente ha caminado contigo a través de las temporadas difíciles de la vida. Tu historia, tu testimonio, es una declaración de quién es Dios: de su fidelidad, su amor y su poder para transformar.

CONCLUSIÓN

En Marcos 12:41-44, Jesús elogia a la viuda que dio todo lo que tenía a Dios. No dio de lo que le sobraba, sino de su pobreza. Algunos de nosotros podemos tener mucho para ofrecer a Dios—tiempo, talentos, recursos—y otros podemos tener solo un poco. Pero lo que importa no es la cantidad, sino el corazón que hay detrás de ello. ¿Estamos ofreciendo a Dios todo lo que tenemos? ¿Estamos dispuestos a dar un paso de fe, confiando en que Él puede usar incluso el acto más pequeño de obediencia para tener un gran impacto?

Al igual que la viuda, la mujer que tocó el manto de Jesús o las personas de Genesaret que acudieron a Él por su testimonio, cada uno de nosotros tiene un papel que desempeñar en el reino de Dios. Puede que no pensemos que nuestra historia sea lo suficientemente significativa, pero cuando compartimos lo que Dios ha hecho en nuestra vida, puede despertar algo en otra persona. Puede cambiar su vida. Puede abrirle los ojos a la verdad de quién es Jesús.



Así que, permíteme preguntarte hoy: ¿Cuál es tu testimonio? ¿Qué ha hecho Dios en tu vida que puedas compartir con los demás? No dejes que el miedo o la comparación te detengan. No necesitas ser un predicador o un maestro para tener un impacto. Todo lo que necesitas es la voluntad de compartir lo que Dios ha hecho por ti.

En un mundo que busca desesperadamente la verdad, la esperanza y la sanación, tu historia podría ser la clave que abra la fe a otra persona. Así como la mujer que tocó el manto de Jesús cambió la vida de quienes la rodeaban, tu testimonio tiene el poder de hacer lo mismo.

No nos contengamos; compartamos lo que Jesús ha hecho por nosotros con valentía y confianza, sabiendo que el mismo Jesús que sanó a los enfermos, calmó las tormentas y caminó sobre el agua sigue trabajando hoy. Está vivo, se está moviendo y está listo para usarnos para sus propósitos.

Por eso, te animo hoy: dale a Dios todo de ti. Comparte tu testimonio. Sé valiente. Porque al hacerlo, podrías cambiar la vida de alguien, y ese, mis amigos, es el mayor milagro de todos.

Oremos.

DESAFIO DE LA SEMANA PARA LOS CADETES LOCALES

**CARTA A ALGUIEN IMPORTANTE **

Instrucciones:

Cada cadete escribe una carta a:

1. a un amigo
2. a un familiar

Contenido: ¡Quiero Contarte lo que Dios hizo en mi...!

Entregarle y compartir su experiencia.

